

Lorenzo Saval

LA PARTIDA... AMANECER DE LUZ

Las miradas hacían juegos de trapecio por encima del tablero. Lentamente las piezas se movían en su laberinto de trampas.

El presentía su triunfo, veía la intranquilidad de su rival, el miedo a la derrota.

Como guerrero herido la cabeza del rey blanco era continuamente levantada, la reina negra parecía reírse internamente dentro de su cuerpo de marfil. No había distancia ni geografía, las piezas parecían agotadas...

Un amanecer azul se filtraba por la ventana, inadvertido, con su trampa de luz.

Montado sobre un caballo negro con la furia latiendo en el gesto, Julián saltaba cuadrados con el pronóstico de una muerte.

Los arqueros vestidos de alfiles eufóricamente cantaban apoyando su galope. Los blancos acorralados, una torre mantenía aún su arquitectura y defendía un rincón, el rey atrás justificaba su presencia.

Poco a poco la luz carcomía las ventanas, la noche esperaba el desenlace lentamente y sin apuro dejaba arrastrar su manto negro desnudándose en silencio.

Los dos jugadores apuraban su batalla, la vida daba saltos a través de sus dedos, una línea de peones unidos por una cadena invisible arrastraban su inocencia ante los disparos certeros de un jinete vengativo.

El cansancio tenía síntomas de ceguera, las manos temblaban, el pulso era de marfil opaco, el trapecio aguantaba un puño apretado que sostenía cuerpos ya rendidos.

Julián cerró sus ojos en un minuto de espera, el sueño sumergía su cuerpo con fuerza de animal herido.

Una mano temblorosa era cómplice de la fuga, los desertores circulaban en los bordes, la nostalgia hacía juegos de máscara con traición en la mirada.

La noche dejaba ver su última pupila, el amanecer con inocencia mostraba su cuerpo desnudo, sediento de entrega y de luz.

El jinete abandonó su caballo, una flecha negra se clavó en su costado... La reina mantenía su equilibrio, como loca desesperada construía puentes donde transitaban los heridos.

Julián, inmóvil, conducía su ejército entre pasillos, las piezas resbalaban entre la vida y la muerte.

De pronto una movida inesperada, no había espacio para la fuga, el trapecio se balanceaba solo por los aires con movimiento de cuerpo caído. El día quebró los cristales, la luz inundó el cuarto, canción de pájaros en la alborada.

Una mano pálida con la doctrina del silencio reposaba en el tablero, las piezas se arrodillaron en el centro, la batalla había terminado.

*"El día es un naufragio de luz
que la noche avisa anticipadamente
entonces, en su abismo común
los desertores caen soñolientos" (*)*

(*) Tomado de un poema de Carmen Saval.